"SI QUIERES, PUEDES PURIFICARME"

Homilía de monseñor Carmelo Juan Giaquinta, arzobispo emérito de Resistencia, para el 6º domingo durante el año (B)
(15 de febrero de 2008)

I. "¡IMPURO! ¡IMPURO!"

1. El Evangelio de este domingo trae la purificación de un leproso: escena que nos permite captar el alcance de las curaciones de Jesús. Para comprender su profundidad, atendamos a la primera lectura, tomada del libro del Levítico. Allí se pinta el espanto que provocaba un leproso: *"La persona afectada de lepra llevará la ropa desgarrada y los cabellos sueltos; se cubrirá hasta la boca e irá gritando: '¡Impuro, impuro!'… Por ser impuro, vivirá apartado y su morada estará fuera del campamento" (Lev 13,45-46).* Un leproso era considerado un ser dominado por una misteriosa enfermedad, manifestada en la piel, que venía desde muy adentro, que no sólo debilitaba o mataba al cuerpo, sino que hacía "impura" a la persona entera, y la enemistaba con Dios y con los hombres. Por ello había que apartarla de la comunidad civil y religiosa. De allí, que la enfermedad y la curación de un leproso en Israel eran diagnosticadas por el sacerdote.

2. Si bien el cristianismo dulcificó el trato con el leproso, el rechazo que producía y su reclusión en lugares alejados se prolongaron hasta bien entrados los tiempos modernos. De mis lecturas de niño, recuerdo la vida del Padre Damián, apóstol de los leprosos en la Isla Molokai, una de las de Hawai, en el Océano Pacífico. De mis andanzas episcopales, recuerdo el Hospital Pedro Baliña en las afueras de la ciudad de Posadas, atendido amorosamente por las Siervas del Espíritu Santo, donde los enfermos vivían en pequeñas casas individuales.

3. La escena evangélica de hoy muestra un cambio radical en el trato con el leproso. El desgraciado no se siente rechazado por Jesús, sino atraído por él: *"Se le acercó a Jesús para pedirle ayuda y, cayendo de rodillas, le dijo: "Si quieres, puedes purificarme".* Jesús, por su parte, *"se conmovió, extendió la mano y lo tocó, diciendo: 'Lo quiero, queda purificado'"*. El efecto fue estupendo. El leproso no sólo tuvo limpia la piel, sino que fue reintegrado a su pueblo: *"La lepra desapareció y quedó purificado... 'Ve a presentarte al sacerdote, y entrega por tu purificación la ofrenda que ordenó Moisés'" ((Mc 1,40-42.44).*

II. "NO CONSIDERES IMPURO LO QUE DIOS PURIFICÓ"

4. Este gesto de Jesús hizo pensar mucho a los primeros cristianos. De allí que, en los escritos de los Apóstoles, se hable con frecuencia de su poder "purificador": *"La sangre de su Hijo Jesús nos purifica de todo pecado" (1 Jn 1,7).* Pero la cosa no fue fácil. Hasta la venida de Jesús, la división entre "lo puro" y "lo impuro" era muy profunda. Dividía a la humanidad entera. Había hombres "puros", por ser descendientes de Abraham. E "impuros", por no serlo. El primer gran desafío que

tuvieron los primeros cristianos, que eran judíos, fue aceptar que para Dios ningún hombre es impuro. El apóstol Simón Pedro, que no sabía cómo anunciar el Evangelio a los pueblos paganos sin volverse él impuro, escuchó una voz: *"No consideres impuro lo que Dios purificó" (Hch 10,15)*. Sólo entonces se animó a entrar en casa de paganos. Pero no fue suficiente. El tema tuvo que ser debatido en el primer Concilio realizado en Jerusalén. Allí Simón orientó la solución del problema, diciendo: *"Dios dio testimonio a favor de ellos (los paganos impuros), enviándoles el Espíritu Santo, lo mismo que a nosotros. Él no hizo ninguna distinción entre ellos y nosotros y los purificó por medio de la fe" (Hch 15,8-9).*

III. EL CASO LEFEBVRE: ¿SEPARAR "PUROS" E "IMPUROS"?

5. El tema de la separación entre "los puros" y "los impuros" es amplísimo. Va desde los prejuicios en los que todos caemos cada día encasillando a los que nos molestan, hasta las disputas políticas y religiosas que se ventilan por la prensa. No en vano en estos días ha estado sobre el tapete la cuestión de Monseñor Lefebvre y sus seguidores.

Como este hecho causa extrañeza, ofrezco una reflexión. No pensemos que, con el Concilio de los Apóstoles, el problema "puros e impuros" hubiese quedado solucionado. Ha vuelto a lo largo de la historia de la Iglesia. Y volverá mañana. Surge de los límites del ser humano, también del creyente.

Ante un problema de este tipo, un Concilio es un remedio importante. Pero no basta. Todo remedio hay que saberlo administrar y ser fiel en tomarlo. Además, es preciso tener presente que si bien un Concilio, después de mucha oración y trabajo, enuncia la doctrina con claridad, ésta tarda en ser comprendida y, sobre todo, en inspirar hábitos nuevos de vida más conformes al Evangelio.

El Concilio Vaticano II fue un momento providencial, en el cual la Iglesia tomó conciencia que el pecado de discriminar entre puros e impuros, que envolvía a los primeros cristianos, la envolvía también a ella en el siglo veinte. ¿Hemos tomado suficiente conciencia de ello? Juan Pablo II nos enseñó a reconocer con humildad que los católicos caímos en la tentación de separar en forma maniquea a los hombres entre los que están en la verdad y los que están en el error. Y ello con grave daño a la causa de la evangelización. Si bien esta distinción tiene algo de válido, hay que evitar formularla en forma falsa. Tal ha sido el principio "el error no tiene derechos". A pesar de su aparente sabiduría, es un principio falso si se olvida que Dios da los derechos al hombre, también al que está en el error, para que lo busque con libertad y lo ame. La supremacía de la verdad sobre el error no confiere el derecho a suprimir la libertad. Las consecuencias de esto serían nefastas. Por intentar que la vida en la tierra fuese desde ya un cielo en el que no hubiese error, haríamos de ella un infierno, pues, sin libertad, sería imposible amar.

6. Un aspecto de la cuestión, que causa extrañeza, es por qué la Santa Sede tiene tanta consideración con el "lefebvrismo". ¿Por qué levantó la excomunión a cuatro Obispos consagrados en abierta ruptura con ella? Me animo a responder: por la razón antedicha. A través de una experiencia dolorosa de siglos, la Iglesia ha ido aprendiendo que la distinción entre "puros e impuros", y por tanto la condenación

teológica y canónica del que está en el error, casi nunca es el mejor camino para defender al rebaño de Cristo. Es preciso otra pedagogía más conforme con el Buen Pastor, que dejó en el cielo a las noventa y nueve ovejas angélicas, y descendió a la tierra a buscar al hombre, la oveja extraviada.

7. Además, la experiencia ha demostrado que, en la defensa de la verdad y de la unidad de la Iglesia, con no rara frecuencia se mezclan las pasiones de sus defensores. Confunden la verdad que defienden con la parte de la misma que ven negada. O sea, defienden a la Iglesia de una "herejía", o verdad parcial, con otra parte de la misma, u otra "herejía".

Muchos años antes del Concilio (1949-1953), mis profesores de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma lamentaban que grandes disputas doctrinales de la antigüedad se habían planteado en la Iglesia no pocas veces desde una óptica parcial del problema, e incluso desde las pasiones personales, más que desde la integridad del misterio de Cristo y del amor al Evangelio. Con el consecuente mal que, a la herejía en la verdad, se le agregaba muchas veces el cisma en la unidad y en el amor: infringiendo así el principal mandamiento de Cristo. Después de tanto dolor por los cismas, lo que la Iglesia menos quiere hoy es que, por un amor malentendido a la verdad, se continúe desgarrando la túnica inconsutil que cubre el Cuerpo de Cristo. Por ello ensaya caminos de comunión, que a veces parecen imposibles.

Si me permiten una confidencia: es una lección que espero haber aprendido también en mi vida. Hoy no dudo en decir: es mejor la comunión entre personas, familias y sectores sociales, aunque sea en grado mínimo, que no la división. (11-02-09).

Mons. Carmelo Giaquinta, *arzobispo emérito de Resistencia*